

Los restos del silencio

Carlos
Carusi

*Nadie desaparece
sin dejar huellas*



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Los restos del silencio

Carlos
Carusi

*Nadie desaparece
sin dejar huellas*



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

1.

Papá murió.

Lo sé cuando suena el teléfono a las dos de la madrugada al oír la voz de mamá que dice “Hola, Miguel”; lo sé sin que agregue una palabra.

Es la primera vez que me llama al trabajo. Mientras escucho su respiración, no dice nada, pienso en cómo consiguió el número de la mutual. Tal vez se lo di y no me acuerdo, me cuesta pensar siquiera en qué debo preguntar a continuación, mamá no ayuda; sólo respira. Fuerte. Escucho el aire que entra y sale y no sé cómo arrancar. Nuestras conversaciones, cuando la visito, suelen ser rutinarias y no pasan del clima, de los negocios que se abren y cierran en el barrio, de la plata que no alcanza. Como siempre, tomo la iniciativa.

—¿Pasa algo? ¿Estás bien? —pregunto.

Me encuentra en la primera recorrida por las oficinas vacías de la mutual médica. Claroscuros, archivos y anaqueles atiborrados de ficheros y expedientes.

—Tu padre...

—Hablá, ¿qué pasa?

—No lo puedo despertar.

—Estoy en el trabajo. ¿Llamaste a la ambulancia?

—No... ¿Qué hago?

Mamá no da un paso sin consultar al viejo. Vengo a ser un suplente.

—Eso. Dejá, yo me encargo. Escuchame, ¿estás segura?

—Lo sacudí un montón de veces. Le toca el remedio a esta hora. Ayer lo vi raro. Vino de la obra, tomó unos mates, miró un rato la tele y se fue a acostar temprano. ¿Qué hago, Miguel?

—Calmate.

No sabía que estaba enfermo. Me viene a la cabeza que el viejo siempre se acostó temprano. Cuando éramos chicos con mi hermano teníamos prohibido escuchar música o hacer ruido después de las nueve de la noche. Invierno y verano. La diferencia estaba en el ventilador de pie, que giraba mientras nos aburríamos en nuestra pieza. Mamá se quedaba frente al televisor a muy bajo volumen hasta cualquier hora. Nosotros aprovechábamos para irnos por ahí.

—¿Y con Roberto qué hacemos? ¿Cómo le avisamos?

Tenía que aparecer. Trato de espantarlo. No quiero empezar a rumiar con eso. Mi hermano se fue hace como veinte años. La última vez que supe de él estaba en México.

—Yo me encargo, mamá —miento—. No creo que pueda venir. Tranquila, vieja. Hacé lo que te digo. ¡Dejame llamar a la ambulancia!

—Miguel.

—Dale mamá, si seguimos hablando nunca va a llegar el médico.

—Preparé unas milanesas y no quiso levantarse. Dijo que no tenía hambre, que lo dejara dormir... ¿Qué hago, Miguel?

—No perdamos más tiempo. Me tengo que organizar...

—Me parece que se va a levantar... pero está tan quietito. Tengo miedo de estar sola.

—Llamá a la Celia.

—Debe estar durmiendo.

- Con lo metiche que es, le va a gustar acompañarte.
- No seas así, es mi amiga.
- Llamala. Veo cómo puedo zafar acá y voy para casa.
- Espero que no se asuste.
- Ya voy, mamá.

Corté.

El estómago se me contrajo. Las milanesas que prepara mi madre son memorables. ¿Por qué me resuenan las tripas cuando mi papá está muerto? Pienso en la tabla de madera donde ella aplasta la carne, el martillo, también de madera, del mismo juego que fabricó el abuelo hace mil años, el huevo mezclado con perejil picado, el pan rallado parejito.

Llamo al SAME y le doy la dirección. Me dicen que en media hora van a estar por allá. Me quedo parado frente a un fichero. Lo abro y lo cierro mecánicamente. Las carpetas están mal acomodadas. Me entretengo poniéndolas en su lugar, con paciencia. Enderezo las puntas metálicas de las carpetas y las engarzo en las guías hasta que quedan alineadas. Los de vigilancia tenemos prohibido tocar los papeles. No me puedo contener.

Seguía trabajando en la construcción como si tuviese veinte años. ¿Tenía setenta y tres? Yo paso los cincuenta y ya no quiero saber nada de nada. Él se levantaba a las cuatro de la mañana, todos los días. Lo hacía cuando éramos chicos y seguía haciéndolo, según mamá. A enduir y pintar paredes toda la vida. Casas nuevas, antiguas, departamentos a estrenar... pensar que en la casa familiar la humedad descascara los ambientes.

Llamo al Semiólogo. No me puedo ir así porque sí. Acá nunca pasa nada; igual, no me quiero arriesgar. Si me voy capaz que no se dan cuenta. Supongo que el que me releva a las ocho podría denunciarme a la agencia si no me encuentra. Me tienen que reemplazar. Necesito la plata. No queda otra.

Como era previsible, el Semiólogo está despierto. Es insomne y se lo pasa leyendo durante la noche.

—¿Podés venir?

—¿Qué pasó?

—El viejo. No sé. No se despierta. Me avisó la vieja. Llamé una ambulancia. ¿podés?

—¿Está confirmado?

—Qué te puedo decir... ¿venís?

—Me visto y salgo.

El Semiólogo me consiguió este trabajo. Él está acá hace más de diez años. Tiene el horario de tarde, cuando el público ya no viene. No está obligado a patrullar por las oficinas como yo, así que para él es como estar en la biblioteca. Suspende la lectura si suena el teléfono que tiene en el escritorio. A mí me vino muy bien estar en la mutual después de la separación. No hay mucho para hacer. Doy un par de vueltas, me hago un café, leo un rato. El único ruido que se escucha es el de los ratones que corren entre los ficheros. Con el Semiólogo y el de la mañana decimos que cuidamos un fuerte olvidado, una frontera que limita con nada ni nadie.

Enciendo la linterna y vuelvo al pasillo. Con papá no nos hablábamos. No era raro, ya que como decían los que lo trataban, era un hombre corto de palabras. Me enteraba de sus deseos —aunque este término me suena demasiado grande— a través de mi madre: nunca lo escuché desear algo; yo tomaba nota, al escuchar a mi madre, y pensaba si el mensaje de mi padre era el real o, en todo caso, una interpretación de mamá. Escuchaba en la mesa de la casa donde crecí. Su voz, bajita, cuando la visitaba y él estaba trabajando, me decía cosas que yo dudaba que fueran suyas. Creo que no voy a saberlo ya. O sí, cuando él no esté más en la casa y ella, finalmente, pueda hablar.

Llamo a la agencia. Es un horario difícil para conseguir un reemplazo. Se sienten aliviados cuando les aviso que el Semiólogo,

mi amigo, Rolando para ellos, va a venir hasta que manden a otro. Son unos explotadores reglamentarios: no perdonan una llegada tarde o un faltazo sin la debida justificación. En los casos previstos cumplen con la ley dejándonos con el gusto amargo de haber recibido un favor.

—Mañana va a estar libre, Tamayo, le corresponde el franco. Aguante un rato y le avisamos por la radio quién va por Rolando. Por lo menos se acuerdan de nosotros.



2.

Tener al lado al Semiólogo es una tabla de salvación. Es como si el señor Valdemar estuviera con uno, trayendo el relato de ultratumba que necesito escuchar para pasar el momento. Tiene una memoria de elefante. El Semiólogo puede ser una cinta grabada que uno pone a funcionar después de mucho tiempo. Esa cinta que gira trae muchos sucesos. Las peripecias de nuestras vidas parecen frescas en su voz, aunque las hayamos compartido mil veces. Esto es patente si nos toca franco y nos juntamos: ponemos el Geloso y escuchamos nuestras canciones a dos guitarras. Mi amigo es un reproductor de la realidad, sus entrelíneas y deslices. También puede ser una radio que transmite “en vivo”. Alguien que describe el entorno y descubre lo que se escapa a la vista, eso que la distracción o la angustia nos impiden observar. Estamos frente al velatorio. Le pregunto:

—¿Qué podemos ver?

—Una cochería venida a menos. Una vereda ancha, donde puede estacionar perfectamente un coche, ya sabemos para qué. El revoque de la fachada está podrido. Ni hablar de la pintura. Justo a tu viejo lo traemos a un lugar así. El olor a flores medio en descomposición, típico, nada del otro mundo.

—Elegimos mal.

—¿Se puede elegir bien?

—La vieja dijo que el gremio hace descuentos acá.

—Entremos un rato, Miguel.

Nos servimos un café aguado. Hacía años que no nos poníamos un traje. Es un uniforme, como el que usábamos cuando éramos oficinistas, antes de que me vaya a Córdoba, ese traje que apenas se diferenciaba de los de la agencia de vigilancia. Se nos podía identificar antes, al cruzarnos en una calle cualquiera, con la cabeza baja y nuestros trajes de liquidación con corbatas heredadas, rumbo a tareas sin sentido detrás de un escritorio, y descubrirnos con tanta facilidad como ahora, metidos en el conjuntoseudopolicial que nos exige la agencia en la mutual. Por lo menos no tenemos que salir a la calle así.

Nos gusta ir de civil cuando nos dirigimos a la mutual y lo mismo al salir, cuando terminamos el turno. Nuestro aspecto policial no es aconsejable para andar por ahí. Al cambiar el turno, yo llego, me meto en el vestuario y oigo la ducha donde el Semiólogo canta, casi siempre, algo de Miguel Abuelo o de Pappo. Mientras yo me desvisto y saco la camisa con galones truchos y el pantalón gris topo del *locker*, los borcegués, y empiezo a vestirme, él cierra la lluvia, y sale envuelto en una toalla; tenemos unos minutos de charla, sumergidos en el vapor del agua caliente, el perfume del jabón y las partículas del desodorante en aerosol que usa mi amigo, que con método se pulveriza antes de vestirse y volver a su madriguera, como dice él; yo, por mi lado, a internarme en las oficinas, que a esa hora empiezan a despoblarse, para patrullar los sitios prefijados, en los horarios pautados, hasta la mañana siguiente.

El Semiólogo se había liberado enseguida de reemplazarme esta madrugada en la mutual, para aparecer después en lo de mis viejos cuando le mandaron a alguien. La ambulancia del SAME había decretado que no había nada que hacer. Papá no iba a despertar. Estaba muerto.

Ubiqué una cochería, y el Semiólogo llegó justo cuando un tipo que se presentó como médico rellenaba el certificado de defunción. Nos llamó la atención que tenía los puños y el cuello de la camisa sucios. Yo empezaba a sentirme triste. No nos llevábamos, pero era mi viejo. A pesar de esto, me costó esconder la risa cuando el Semiólogo me codeó y con la cabeza me indicó dónde mirar. El tipo no se dio cuenta; anotaba datos en un formulario con una lapicera elegante, de esas que se cargan de una tinta que tarda en secarse. Yo tuve ganas de pedirle una identificación. Parecía tan médico como nosotros. No sé por qué me dio lástima. Se ganaba la vida así. Como el Semiólogo y yo custodiábamos de manera improbable la mutual. Como se la ganaba mi padre con sus pinceles y brochas, si no estuviese muerto en la cama matrimonial.

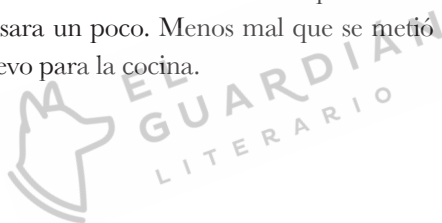
Había llegado a casa cuando los del SAME se iban. Mamá los despedía. No parecía angustiada; más bien la vi concentrada en la tramitación. Asentía como si entendiera. No les pude preguntar nada a los médicos que atendían otra llamada por la radio. No era necesario informarse. La cara de mamá, contraída en una arruga que reducía los rasgos, era transparente. Como nunca. Esta vez no estaba transmitiendo los sentimientos o deseos de papá, sino los propios.

La abracé largamente y, armándome de valor, fui con ella al dormitorio. Papá estaba acostado como en esas tardes de verano en que nos ordenaba la siesta a mi hermano y a mí. Nosotros no teníamos la menor gana, aunque obedecíamos, queríamos jugar a la pelota con nuestros amigos. Lo espiábamos. Se dormía boca arriba con las manos sobre el pecho. Después salíamos sin ruido por la puerta del fondo, el pasillo y la verja, acallando al perro de turno.

Mamá estuvo tranquila en todo momento. Cuando vino el empleado de la funeraria, se metió en la cocina. Tuve miedo de

que se desbordara cuando llegó el Semiólogo. No pasó nada. Después Celia entró llorando. Yo le hice una seña para que se controlara. Mamá todavía no había caído. La mandé a la cocina a hacerle compañía.

El certificado estuvo listo y el tipo nos pidió que le firmáramos una copia. Le pregunté si podía firmar yo, que era el hijo. “Mejor la viuda”, me dijo, “no quiero tener problemas con el gremio”. Llamé a mamá y le dije que tenía que recibir el certificado. Lo retuvo en las manos y lo leyó con una atención que nunca le vi. Empezó a decirnos: “Entonces está muerto, murió papá”, y no había caso, le era imposible firmar. Le saqué el formulario, la abracé, sentí su cabeza en el pecho. Miré con odio al tipo. El Semiólogo se ofreció y el tipo no quiso. Al final, firmé con mamá a cuestas. Casi cometo el error de acompañarla a la cama, para que descansara un poco. Menos mal que se metió Celia y se la llevó de nuevo para la cocina.



3.

No quiero entrar en la sala donde está el cajón de papá. A sus amigos y conocidos que llegan los recibo en la antesala. Estrecho las manos callosas y escucho lo que todos dicen: “Che, estaba sano, ¿qué pasó?”.

Algunos se confunden y lo saludan al Semiólogo como si él fuera el hijo. Recibe las condolencias, con altura y cara de circunstancia, sin aclarar nada.

—¿Tomamos algo?

—El café acá es peor que el de la mutual.

—Jugo de paraguas, lo mismo de siempre.

—¿Y los sánwiches de miga?

—Madera terciada rellena con plantillas.

—Bastante esfuerzo de la UOCRA.

—La corona, impresionante.

—¿Tu hermano? ¿Sabe?

—Lo tengo que llamar... no sé adónde.

—Ya se va a enterar, Miguel. Las noticias corren por lugares que no imaginamos... Hay que cuidar a la vieja.

En eso, llega un coche negro importante, creo que un Mondeo. Me pareció que era temprano para que se llevaran el cajón. Primero, el chofer saca una silla de ruedas del baúl. El Mondeo brilla. Rodea el auto al trocete y ahora abre la puerta de atrás. Mete

medio cuerpo en el auto. Con una precisión que asombra, saca del asiento a un hombre en brazos. Reconozco a M, el exjefe de papá. Es un decir: no tiene nada que ver con la imagen que tengo de él. Lleva una máscara y las mangueras se estiran mientras lo acomoda en la silla de ruedas. Las suelas de los zapatos están impecables. No sé si es por la elegancia casi insultante de siempre o porque nunca van a pisar hasta que otro se los calce. El chofer se vuelve meter y baja el tubo de oxígeno. Lo guarda en una especie de mochila adosada a la silla. En la vereda todos estamos atentos a la maniobra.

—¿Viste eso?

—El jefe del viejo.

—No, el fercho, está calzado.

—No lo veía desde chico... está destruido.

—Debe ser un expolicía. Tiene cara. Yo me rajo.

—No creo. M no contrataría un cana.

Lo último se lo dije al aire. El Semiólogo había desaparecido.

¿M? Esto parece joda. ¿De dónde lo sacamos? ¿Cómo se llama?

¿Mariano, Montoto?, pienso, aunque no puedo identificarlo de otra manera. Ese nombre, M, me quedó enquistado en la cabeza.

Me encogí de hombros. Para nosotros, es decir para mis padres, para mí y hasta para mi hermano Roberto, era M, y basta. No me preocupaba por saber su nombre. M nunca me cayó bien. Para el viejo era Dios. Hacía años que no lo veía. Antes era un tipo alto, intimidante, seguro de sí mismo.

M no parece pesar mucho, quién sabe lo que pesa una bolsa de huesos. Al terminar de ubicarlo el chofer se pasa el dorso de la mano por la frente. Se abotona el saco en ese momento y no puedo darme cuenta del arma.

¿La llevará en la cintura? Sobaquera, pienso.

El tipo empuja la silla al mismo tiempo que me acerco. Después de todo, soy el anfitrión de esta ceremonia triste. M está de traje y corbata, tal como lo había visto siempre.

—Gracias por venir.

—Vos sos...

—Miguel.

—¿Roberto vino? —La voz es como un hilo que se va a cortar.

—No lo pude ubicar.

Es mentira y es verdad. No hice ni una llamada. Hace años que no sé dónde está mi hermano.

—¿Y ese que estaba con vos, quién es?

—Rolando, un amigo de la familia.

El Semiólogo no aparece por ningún lado. M hace un movimiento de cabeza. Le doy la mano. Tengo miedo de quebrársela.

—¿Es de confianza?

—Es como un hermano.

—Roberto es tu hermano.

El jefe de papá adelanta el torso desde la silla y me agarra de la muñeca. Tira para que me acerque. Es como si un esqueleto me apretara. Me da la misma impresión y una especie de terror.

—Es importante que lo encuentres... para mí.

—¿Por qué?

—¿Qué le pasó a tu viejo?

—El corazón.

—¿Tu mamá?

Habíamos dejado a mi vieja al lado del cajón. No nos gustaba ver. El Semiólogo estará por ahí o me abandonó, me pregunto. No sé muy bien qué debe seguir en este rito. No tengo experiencia en este papel. El chofer permanece atrás de la silla con cara de distraído; sus ojos, sin embargo, son como un rastreador de objetivos. A mí me parece que es un ventrílocuo que tiene un muñeco en silla de ruedas. Aunque su gesto vacío no le da la autoridad que emana de M, ni su manera de hablar. El ruido de fuelle oxidado de la respiración, el traje de alpaca, la corbata de seda y los zapatos inútiles de... qué se yo, ¿López Taibo?, no le

dan la categoría. El custodio me mira con desconfianza. Es un tipo de acción. Está alerta por si ese lazo de la mano cadavérica que sostiene mi muñeca se rompe o se deshace. Esa presencia me tira una línea impensada. ¿Por qué tanta cáscara para ir al velorio de un pintor de brocha gorda?

—Encontralo. Encontrá a tu hermano.

Los ojos de M eran de un celeste que no se podía describir como bello. Sí como intimidante. Ahora son descoloridos, con un halo de cataratas. Siempre me impresionaron. De chico me perseguían en sueños. Roberto se reía y me decía: “Vos no lo conocés, qué hablás”. Me suelta la muñeca. La froto como si me hubiesen esposado y me liberaran.

—Mamá está adentro.

El morocho empuja la silla. El tubo de oxígeno debe pesar más que M. Me trajo un montón de cosas a la cabeza. Me había olvidado de él. Creí que me había olvidado.

Se lo llevaba por largos períodos a papá. Cuando no teníamos teléfono mandaba a alguien con una notita. Que un edificio que pintar, que una sala de exposición a reacondicionar, un *vernissage* no sé dónde. Después un auto venía a buscar al viejo. Una vez no lo vimos como un año. El viejo nos dijo que se iba a Comodoro. No escribió en meses. No teníamos idea de qué le pasaba. Hasta que un día, sin avisar, volvió; flaco como si hubiese ayunado todo ese tiempo. Encima, fue para la época en que Roberto se iba. Yo andaba por Córdoba con Silvia, todavía tenía contacto con mamá y me iba enterando.

Entramos a la sala mortuoria. El Semiólogo debe andar por afuera. Mamá se sorprende con M. Para ella también es un dios. Ella pensaba a través de papá, usaba sus palabras. Ahora que él no está, no sabe qué decir.

M se tira para adelante, mamá se agacha para escuchar las condolencias. La escena no me es grata. Es como llegar al fondo

de un tanque que no se limpia hace años. Me concentro en el custodio: es cincuentón, tiene la nariz fruncida y un menjunje en el pelo, una especie de entretejido. Su mirada me da miedo. Me obliga a darme vuelta.

No lo había mirado a mi padre en el cajón. La barba le oscurece la cara. Los dedos se le empezaban a deformar. Los años o el laburo brutal o las dos cosas. Se ve que no le pudieron sacar los restos de pintura de debajo de las uñas.



4.

Me siento solo frente al dolor de mamá, a los compañeros del viejo que seguían llegando, a M y su custodio. Hasta vino un artista plástico al velorio, más para hacer buenas migas con M que por el viejo. El Semiólogo seguía sin aparecer. Sentía en forma muy patente la ausencia de mi hermano. Como nunca en estos años de desencuentro.

Quizá para desprenderme de la angustia me vienen a la cabeza escenas de nuestra juventud. Papá escuchaba la radio de noche. Muy bajita. Noticias, tango, locutores en sordina. Desde nuestra pieza la radio se oía como un zumbido. A veces teníamos que estudiar, sobre todo Roberto, y el sonido parecía crecer. Pasaba que al final nos intrigaba saber qué decían las noticias que escuchaba papá.

Una noche, estábamos muy ocupados o muy aburridos e hicimos el intento de apagarla. En una operación comando, tal como salía en la tele, aunque esperábamos tener éxito, sabiendo que, a lo sumo, recibiríamos una patada en el culo. Recorrimos el pasillo que separaba nuestra pieza del dormitorio de papá y mamá. Ella estaba en la cocina con sus programas de televisión abierta. Roberto se quedó custodiando la puerta entornada de la cocina, donde mamá cosía o pasaba las hojas de una revista hasta después de medianoche.

Entré en el dormitorio. Papá roncaba con la regularidad de un metrónomo. La persiana estaba totalmente baja. Sólo oscuridad y ese olor a pintura, a solvente y aguarrás que papá o su ropa llevaban encima. Había unas alfombras a los costados de la cama, que eran consideradas por nuestros padres como de máxima distinción. Me quedé unos segundos a los pies de la cama de dos plazas. La vista se acostumbró. Visualicé el brazo que sobresalía de las cobijas, el respaldo, la radio sobre la mesa de luz al lado del velador. Me tropecé primero con los flecos y después con las chancletas del viejo. Más o menos pude mantener el equilibrio.

La radio tenía dos perillas. Me entró la duda de cuál era el dial y cuál el volumen y apagado. En un momento me di vuelta y vi la cabeza de Roberto asomada y la seña de que me apurara.

Opté por la perilla derecha. Bajé el volumen lentamente. La voz engolada del conductor, cada vez más baja, se iba diluyendo. Cuando casi no se escuchaba, me di cuenta de que el próximo paso era apagarla.

Esa radio tenía una traba en el volumen. Un tope que impedía se pasara naturalmente al apagado. Agarré la perilla estriada con dos dedos. La giré con lentitud hacia la zona de volumen más fuerte como para tomar impulso. Después volví a disminuirlo despacio. Al llegar al tope había que hacer un toque más fuerte. La radio no sólo se dejaba de escuchar sino que a veces con el impulso del apagado se levantaba de la mesa de luz y caía golpeaba con el vidrio que la cubría.

Roberto seguía haciendo señas mudas. Subí un poco el volumen. El locutor dijo el nombre de una milonga. Giré la perilla. Papá seguía con el ronquido a compás. Ahora podía verle la cara, los pelos ralos, el ribete de la musculosa, la mano tosca que agarraba la punta de las cobijas. El mecanismo del ronquido: entrada por la nariz, salida por la boca, como el manual de la respiración. Oxígeno adentro y anhídrido carbónico afuera como

nos enseñaron en el colegio. Sólo que era como un rallador y una herramienta neumática combinadas.

Tenía la mano en la perilla y medía el proceso de entrada y salida del aire, cómo las aletas de la nariz vibraban con la entrada rasposa del aire, el espacio de dos segundos de silencio, aproximadamente, hasta la salida, el movimiento de apertura de los labios que con suavidad permitían que finalmente se completara el miniciclo, para volver a empezar con la maquinaria al entrar por la nariz.

Fui bajando el volumen muy despacio. La perilla estriada hacia la izquierda. Sentía en la yema de los dedos la muesca que indicaba el apagado. Coincidió con un punto en el cuerpo de la radio. Cuando la muesca y el punto coincidieran, la radio estaría apagada. Sin hacer demasiada fuerza para que el aparato no se levantara, cayera sobre la mesa de luz y despertara a papá.

Roberto me hinchaba las pelotas desde la puerta como un mimo. Papá roncaba con esa regularidad hipnótica que escuchábamos desde nuestra pieza y que, a mí por lo menos, me impedía conciliar el sueño, escuchando la entrada, la salida de aire, la vibración de los labios y, sobre todo, ese espacio de silencio entre la entrada y la salida. Con los años ese silencio se agrandó hasta cuatro o cinco segundos, y me taladraba la cabeza peor que los ronquidos. Roberto ya estaba en sus cosas y llegaba de madrugada cuando papá se había ido a trabajar. Yo soporté durante años el temor de que no volviera a retomar el ritmo y dejara de respirar para siempre. No era por amor como podría ser con mamá, sino como un mínimo de solidaridad hacia un ser humano que necesita ser reanimado. Cuando le diagnosticaron apnea coincidió con que me fui a vivir con Silvia. Por fin me iba de casa, como Roberto mucho antes. Hasta me daban ganas de hacerle respiración boca a boca para regularizarlo aunque sabía que sacudirlo de un hombro era suficiente para volver a un ritmo respiratorio más o menos normal,

para volver a deformarse en los espacios que me aterrorizaban. A las cuatro sonaba el despertador. Señalaba el momento de levantarse para papá y de empezar a dormir para mí.

Así que giré la perilla estriada, la acerqué al tope del apagado, el sonido de la milonga disminuyó tanto que era como la reminiscencia del ritmo, y papá dejó de roncar. Pasó a respirar con cierta normalidad y masculló algo.

La falta de sonido lo estaba despertando. Miré para la puerta. Roberto no estaba. Subí muy despacio el volumen. La milonga terminaba y el locutor arrancaba una propaganda. Medio me pasé de rosca y subí el volumen más alto que al principio. Lo fui regulando y papá iba respirando más profundo, volvía al sueño.

Salí del dormitorio y entré en nuestra pieza. Roberto se hacía el dormido, roncaba entrecortado por su propia risa, el muy gracioso. Lo puteé un poco y después nos reímos los dos.

Roberto se durmió enseguida. Respiraba suavemente con sus diecisiete. Como debía hacerlo yo, si pudiera escucharme, con dos años menos. Yo miraba el techo. Los ronquidos llegaban de la pieza contigua. El espacio de silencio iría creciendo hasta estabilizarse entre los tangos, las milongas y los locutores susurrantes.

La silla de ruedas me golpea la pierna. El tipo hace una mueca que debe creer de disculpa. Me estira el brazo y me obliga a bajar hasta ponerme cara a cara.

—Cuando encuentres a Roberto, soy el primero en saberlo.

